Por
LLORENÇ CAPELLÀ

Benjamín Martínez, música clásica y minimalismo

Le seduce la música en todas sus expresiones. Y para muestra un botón: a la vez que dirige un grupo minimalista interpreta unas partituras un tanto olvidadas del siglo XIX. Benjamín Martínez (Palma, 1976) completó los estudios de piano (Conservatorio Superior de Música de Zaragoza, 1994) con el maestro Chang Rok Moon. Acaba de recuperar en formato CD (Ona Clàssics) doce obras del pianista y compositor Oscár de la Cinna (Budapest, 1836-Jerez de la Frontera, 1906).

Fotos **TERESA AYUGA**

A los ocho años ya recibía clases de piano. Le pregunto si se suma a la lista de los pianistas sin infancia. Me responde:

— Pienso que no. Es cierto que el piano exige una dedicación casi total, pero yo me tomaba el aprendizaje como un juego. Soy de los que estudiaba porque me satisfacía. El estudio ha de ser un placer. El esfuerzo no me motiva. Me considero un hedonista.

Y a los ocho años ¿cómo sabe uno lo que es y lo que quiere?

— No lo sabe, lo intuye. Hablo por mi experiencia. Beethoven me fascinó. Escuché la *Novena Sinfonía* y supe que quería ser pianista. ¡Y conste que mi pasión era el tenis!

¿Lo que le atrajo del piano...?

— El misterio. En Beethoven hay misterio. Como en toda composición musical de una cierta entidad. Con cuatro notas pueden conseguirse resultados sorprendentes, maravillosos.

¿Y diferentes...?

— Totalmente. La creatividad es algo inherente a la vida. ¡Así que mientras haya vida...! Ahora mismo se están haciendo maravillas en música para cine. Y desde las ópticas más innovadoras. Desde el pop o el rock, por ejemplo, que nada tienen que ver con la banda sonora tradicional.

> «CON OCHO AÑOS BEETHOVEN ME FASCINÓ. ESCUCHÉ LA 'NOVENA SINFONÍA' Y SUPE QUE QUERÍA SER PIANISTA»

«Mi voluntad como compositor es ir al compás del tiempo»

Usted es pianista y fundador de un sexteto que hace música minimalista, Minimal Tempo...

— Interpretamos a Einaudi, uno de los grandes.

De acuerdo. Pero ¿qué vínculo hay entre usted y Oscár de la Cinna?

— Apenas sé nada de él. O mejor dicho: su biografía plantea grandes interrogantes. Me habló de él una de sus descendientes, la escritora Carlota Vicens. De la Cinna nació en Hungría, residió en España, se casó con una mallorquina...

Centrémonos en el vínculo artístico. ¿Qué les une a ustedes dos?

— La curiosidad. Ante todo Cinna era intérprete, pero tiene mucha composición propia porque en el siglo XIX los concertistas no podían basar exclusivamente sus actuaciones en obras ajenas. Y quienes lo hacían estaban mal considerados. Era como si robaran a los grandes maestros.

Y esa obra de Oscár de la Cinna...

— Me interesa por su simplicidad. No despuntó entre los compositores románticos porque lo suyo era otra cosa. Parte de su obra tiene un punto minimalista. ¡Sin que él lo intuyera, claro...! Aunque ciertamente se expresa de muy distintas maneras. Se identificaba con la música culta europea, la de los Mozart, Haydn... Pero también valoraba la tradicional. Compuso seguidillas, peteneras... Y jotas aragonesas. Incluso baladas vascas.

De las doce partituras que usted interpreta en el CD ¿con cuál se queda?

— Con *Malagueña*. Puede parecer raro dado la música que hago yo. Pero no es así. He interpretado cosas de Albéniz, de Granados... La música española no es fácil. Los alumnos del Conservatorio tardan entre tres y cuatro años en conseguir interpretarla.

¿Por qué completó su formación en el Conservatorio de Zaragoza?

— Porque quise conocer de cerca al maestro Chang Rok Moon. Es coreano, pero había estudiado en el conservatorio de Madrid. Se graduó en Londres. Y al margen de su currículo profesional tiene la suficiente inquietud artística como para renovar continuamente su repertorio. Busca cosas nuevas.

Como usted.

— Al menos lo procuro. Me dejo llevar por las intuiciones, apuesto por lo actual. Es una manera de sufrir y gozar al compás del mundo.

Minimal Tempo es un grupo de ahora mismo.

— Lo formé casualmente. Tocar en público no entraba en mis proyectos, yo doy clases... La idea surgió del director de la librería Babel. Tomaba café allí con asiduidad y hablando de eso y de aquello me lo propuso. Ya le digo, fue una casualidad. Como lo ha sido mi idilio con la música minimalista. El chico que trabaja en la panadería donde voy a comprar el pan todos los días me habló de Ludovico Einaudi. Y lo hizo con tanta pasión que me despertó la curiosidad. Luego descubrí a Ólafur Arnalds, otro fuera de serie.

¿Son sus referentes?

— En estos momentos, sí. A Arnalds pude escucharle en directo en Barcelona. ¡Con unas cuantas notas hace tantas cosas...! Teniendo en cuenta que simpleza de notas no equivale a simpleza instrumental. No todo lo simple es bueno. El gran mérito del minimalismo radica en su contacto con el mundo real.

¿Y cómo es el mundo real?

— Excesivamente consumista. Pero tiene una parte atractiva. ¡Faltaría más! No me dejo arrastrar por el pesimismo.

¿Vive con el piano a cuestas?

— Sí. Quiero componer y aún me sé inexperto. Yo era intérprete, no creador. No obstante, Einaudi y Ólafur Arnalds me despertaron la ambición creativa. Tengo composiciones pensadas para cuarteto de cuerda y piano. Trabajo pensando en Minimal Tempo.

¿Un grupo como el suyo, se forma...?

— Con gente joven, muy preparada y musicalmente exigente. ¡Me he metido en un buen lío! Acoplar sensibilidades, ensayar, actuar... No es nada fácil.

> «NO DEFIENDO VERDADES INAMOVIBLES. ADMITO QUE LA MONOTONÍA ES UN ELEMENTO DE LA MÚSICA, NO EL ÚNICO»

Usted disfruta con ello.

— Seguro que sí. Entiendo mi trabajo como un goce. En caso contrario me dedicaría a otra cosa. Pero trabajo y trabajo y no sé lo que es el cansancio. Aprovecho las noches, durante las horas de sueño más feliz de mi pequeña. Porque de día... ¡Aunque conste que no me quejo...! Tiene tres meses y solo nos da alegrías.

...

— En la vida del músico hay un no sé qué de aventura que la hace excitante. La música es un arte único. El más sublime, quizás. ¡Pero siendo tan grande no se ve ni se toca!

Cuando su hija sea veinteañera ¿lo que usted crea ya estará superado?

— ¿Y yo seré un antiguo...?

Se lo pregunto.

— No, no... Qué va. Mi voluntad como compositor es ir al compás del tiempo. El presente es mi mundo, el aire que respiro... Incorporo a mi trabajo todos los medios que nos ofrece la tecnología. Oscár de la Cinna, si viviera, se pasaría horas y horas experimentando ante el ordenador.

Seguro que usted ya ha gastado el teclado.

— Casi, casi. En el ordenador doy forma a todo lo que compongo para cuerda y piano... Aunque sin informática me las arreglaría igualmente. Soy optimista. ¿Se lo he dicho...?

Sí.

— La mente humana se adapta a lo que sea. Es capaz de hacer brotar belleza en un páramo.

¿Se imagina viviendo en un mundo sin música?

— Me supondría un gran esfuerzo, no quisiera pasar por esta experien-

>>

Benjamín Martínez acaba de recuperar en formato CD (Ona Clàssics) doce obras del pianista y compositor Oscár de la Cinna.

cia... Pero no se dará el caso. Tenga en cuenta que incluso el silencio es música. ¡Y el silencio es la negación del sonido...! Los polos opuestos son parte de un todo. Lo contrario de algo no hace más que expresar una nueva forma de unión. Todo, lo igual y lo distinto, es vida.

¿Y lo monótono...?

— También. El latido del corazón es pura monotonía. Y el corazón es el más genuino símbolo de la vida. La música minimalista está formada por elementos repetitivos, hipnóticos... Si una composición tiene tres o cuatro voces, una de ellas se repite constantemente. ¡Es el lazo de unión con nuestra época!

¿Con la vida...?

— Eso intento decirle.

¿Qué coche tiene?

— Un Peugeot 307. Me gusta conducir sin apretar el acelerador. Estando al volante el pensamiento vuela libre.

Al margen de la música ¿qué le atrae?

— El cine. Pero, por encima de todo, el ser humano. ¡Irradia tanto misterio...! Me gusta conocer gente nueva, fijarme en sus expresiones. La música es energía y, la energía, es el motor de la existencia.

Se levanta y abre una ventana. ¿Cuál de ellas?

— La del salón que da a la calle. Me llega el ritmo de la circulación rodada.

¿Qué tiene de especial?

— Monotonía a raudales. La calle es la expresión de la rutina diaria. Y el minimalismo la convierte en arte... Le recomiendo *Intouchables*, un peliculón de Olivier Nakache y Éric Toledano. La banda musical es de Einaudi. ¡Algo divino...!

¿Qué le atrae de la monotonía?

— La aventura. Paradójicamente conlleva una propuesta de aventura.

¿Seguro...?

— Segurísimo. ¿Qué tiene de extraño...? La hipnosis también se basa en los principios de la monotonía. ¡Y la hipnosis es aventura! En cualquier caso, no defiendo verdades inamovibles. Admito que la monotonía es un elemento de la música, no el único.

Apuntes del natural

Oscár de la Cinna y Mallorca

Oscár de la Cinna, barón de la Cinna y conde de Marks, llegó a Mallorca el 5 de septiembre de 1866, ya en el cénit de su carrera. Era un trotamundos. Procedía de Jerez de la Frontera, pero había residido en Viena, en Praga, en Varsovia, en Lisboa... Fue alumno de Karl Czerny y condiscípulo de Liszt. Durante su estancia mallorquina conoció a Cecília Esteve, de Inca, con quién se casaría (1867) en Gibraltar. Tuvieron tres hijos. Residieron en Sevilla, en Madrid... Muy bien relacionado con las cortes europeas, tuvo amistad con Fernando II de Portugal y fue profesor de piano de Isabel II de España. En aquel final de verano de 1866, Oscár de la Cinna interpretó obras de Mozart, Haydn y Beethoven. Lo hizo en Palma y en Maó. Según una nota de prensa, en el Casino Palmesano -también conocido como el Casino dels Cavallers, en el carrer de les Carasses- "dio pruebas de su excepcional talento como pianista y como compositor". Escribió infinidad de partituras, muchas de ellas desaparecidas. Tuvo amistad con Antonio Cánovas del Castillo, con la familia Domecq, con los duques de Almodóvar del Río. Sus facetas como compositor y concertista se completaron con la labor docente. Dio clases a pianistas andaluzas que alcanzaron renombre, como Rosalía Colón y Pilar Fernández de la Mora. Oscár de la Cinna fue un artista mimado por la alta sociedad. Sin embargo, su biografía personal y artística plantea muchos interrogantes. Pasó sus últimos años en Jerez y fallecería en su casa situada en un rincón con solera, la calleja de la Higuera.